

**El conde de Montecristo** Alejandro Dumas **Capítulo quince de la primera parte *El número 34 y el número 27***

Dantés pasó por todos los grados de desventura que experimentan los presos olvidados en el fondo de sus calabozos.

Fuese el carcelero y esta vez quiso Dantés asegurarse de si su vecino había en efecto renunciado o no a su empresa, y se puso a escuchar atentamente. Todo permaneció en silencio como durante aquellos tres días en que los trabajos se habían interrumpido. Suspiró, convencido de que el preso desconfiaba de él.

Con todo, no por esto dejó de trabajar toda la noche; pero a las dos o tres horas tropezó con un obstáculo. El hierro no se hundía, sino que resbalaba sobre una superficie plana. Metió la mano, y pudo cerciorarse de que había tropezado con una viga que atravesaba, o, mejor dicho, cubría enteramente el agujero comenzado por él. Era preciso cavar por debajo de ella o por encima. El desgraciado no había pensado en este obstáculo.

-¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! -exclamó -, tanto os recé, que confié que me oyeseis. ¡Dios mío!, después de haberme quitado la libertad en vida... ¡Dios mío!, después de haber hecho renunciar al reposo de la muerte... ¡Dios mío!, que me habéis devuelto al mundo... ¡Dios mío! ¡Apiadaos de mí, no me dejéis morir entregado a la desesperación!

-¿Quién es el que habla de Dios y se desespera? -murmuró una voz, que como salida del centro de la tierra, llegaba a Edmundo opaca, por decirlo así, y con un acento sepulcral. Erizáronse los cabellos y retrocedió, aunque estaba de rodillas.

-¡Ah! -dijo -, oigo la voz de un hombre.

Ya hacía cuatro o cinco años que Edmundo no hablaba sino con el carcelero, y para los presos el carcelero no es un hombre, es una puerta viva que se aumenta a la puerta de encima, es una barra de carne sujeta a los hierros de su ventana.

-En nombre del cielo, quienquiera que seáis el que habló, imploro que sigáis hablando, aunque vuestra voz me asuste: ¿quién sois?

-¿Y vos, quién sois? -le preguntó la voz.

-Un preso desdichado -respondió Edmundo, que no tenía ningún inconveniente en responder.

-¿De dónde sois?

-Francés.

-¿Os llamáis?

-Edmundo Dantés.

-¿Vuestra profesión?

-Marino.

-¿Cuánto tiempo hace que estáis preso?

-Desde el 28 de febrero de 1815.

-¿Cuál es vuestro delito?

-Soy inocente.

-Pero ¿de qué os acusan?

-De haber conspirado para que volviera el emperador.

-¿El emperador no está ya en el trono?

-Abdicó en Fontainebleau en 1814, y fue desterrado a

la isla de Elba. Pero ¿desde cuándo estáis vos aquí que ignoráis todo esto?

-Desde 1811.

Dantés se estremeció; aquel hombre estaba preso cuatro años antes que él. (...)

-¿Qué edad tenéis? Vuestra voz parece la de un joven.

-No sé mi edad a punto fijo, como no sé el tiempo que he pasado aquí. Solamente sé que iba a cumplir diecinueve años cuando me prendieron en 1815.

-No ha cumplido aún veintiséis años -murmuró la voz. A esa edad el hombre no es traidor todavía.

-¡Oh! No, no, os lo juro -repitió Dantés-. Os lo dije, consentiré que me despedacen antes que hacer os traición.

-Hicisteis bien en hablarme, hicisteis bien en rogarme, porque ya iba yo a trazar otro plan y a separarme de vos. Pero vuestra edad me tranquiliza; esperadme, que me reuniré con vos.

